

Huelga y revolución

Apunte sobre la política comunista en la primera posguerra

José Luis Martín Ramos

1. El sueño de la revolución mundial

Los graves acontecimientos que en este pasado agosto han vuelto a estremecer al mundo, precipitando la caída de un sistema, la Unión Soviética, que por espacio de siete décadas ha pugnado por constituirse como alternativa exclusiva al capitalismo, han encendido también, entre otras cosas, la traca final de la ofensiva contra las utopías y las heterodoxias ideológicas, cuyo fin se piensa habrá de ser el epitafio que luzca sobre la tumba de la Historia, cuya muerte se nos anunció ya algún tiempo atrás... Si Lenin consideraba un síntoma de la enfermedad infantil del comunismo la imposición del juicio histórico sobre el juicio político, uno está tentado de pensar que también su contrario, la fagocitación de la historia por la política, debe ser un síntoma de la enfermedad senil del capitalismo... perdón, de la economía de mercado.

Puede resultar ocioso en medio de la vorágine de improvisaciones periodísticas pretender recordar que por mucho que los factores dominadores de la opinión se empeñen en que agosto del 91 entierre octubre del 17, esta última fecha, incluso más allá de los errores políticos que pudiera implicar y sobre todo de los que se cometieron luego en su nombre, constituyó un hito, quizá irreplicable, de esperanza para una gran parte de las clases trabajadoras de Europa. Sobre todo para buena parte de quienes luego de horrorizarse ante la sangría de la primera guerra mundial, genocidio público y acordado por los gobernantes -que no sólo los gobiernos en sentido estricto-, desea-

ban desesperadamente sustituir la pesadilla de la destrucción por el sueño de esa utopía que era la revolución social. Habrá que recordar que el Terror no anuló el valor histórico de la revolución de 1789 y no sería inútil recuperar el análisis comparado entre la revolución rusa y la francesa, empezando por las reflexiones de Deutscher 1; Y no quiero dejar pasar la ocasión de afirmar que para mí el principio de Thermidor no estuvo en el ascenso de Stalin al poder, sino en la disolución de la Asamblea Constituyente. Sea como sea esta historia, la del artículo, empezó con la revolución de octubre y lo que tenía que ser su proyección mundial.

El período que incluye el tramo final de la Gran Guerra y los primeros años del duro reacomodo de la posguerra, de 1917 a comienzos de la década del veinte, constituyó una de las etapas de más intensa agitación social en la Europa contemporánea. Una suerte de 48 *rojo*, en el que la última de las revoluciones, la socialista, fue puesta en el primer término de la orden del día de los pueblos y los gobiernos; la revolución del siglo XX, llamada a ser, a diferencia de las que le habían precedido en siglos anteriores, plenamente universal, no meramente nacional, y a perdurar en sus efectos asimismo como nunca hubiera ocurrido con las anteriores. Una revolución que no había de ser la del Parlamento o la del Tercer Estado, sino la Revolución Mundial. La intensa movilización social que caracterizó esa etapa respondió, no obstante, a razones y expectativas heterogéneas y en determinadas condiciones contradictorias incluso. Respondió a la grave crisis que a la sociedad burguesa europea que se había configurado en el XIX comportó la Gran Guerra; una crisis de identidad ante los horrores del conflicto, pero también una crisis de la organización económica y política del Estado capitalista ², la cual habría de favorecer movimientos de reacción y respuesta ante la necesidad de un nuevo esquema organizativo. También fue, y no de manera independiente a lo antes señalado, en respuesta a la eclosión de una propuesta revolucionaria, dando inicialmente la razón en los hechos al binomio establecido por Lenin entre *guerra y revolución*; propuesta que no sólo animó la acción de las minorías que venían propugnándola, sino que constituyó también la causa de masas de trabajadores de la ciu-

1 DEUTSCHER, I.: **El profeta armado: Trotsky (1897-1921)**. Nueva York-Londres, 1954. *Stalin. Una biografía política*, 2ª ed. Nueva York, 1967.

² MAIER, Ch. S.: *La refundación de la Europa burguesa. Estabilización en Francia, Alemania e Italia en la década posterior a la primera guerra mundial*. Madrid, 1988. Sus tesis sobre la corporativización desencadenada por la guerra merecen una amplia discusión que no es oportuna aquí, pero Maier pone bien de relieve el carácter crítico de los cambios que la guerra operó en el seno de la sociedad europea.

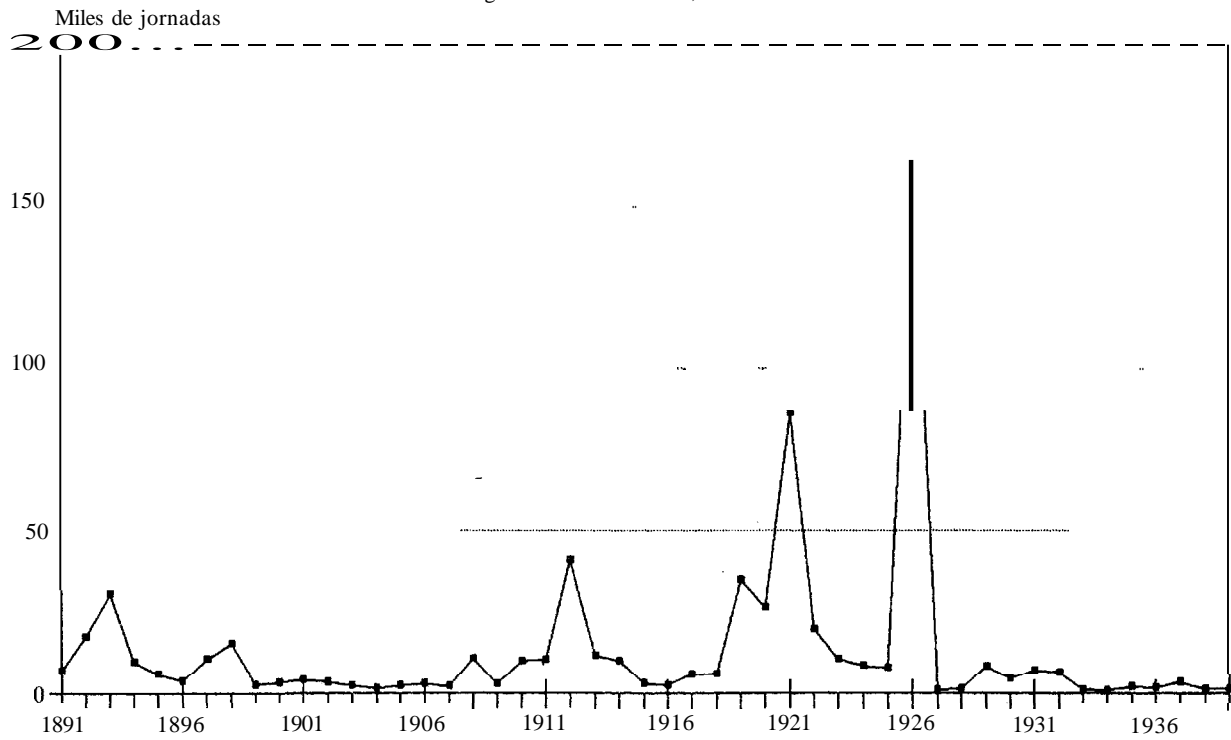
dad y del campo que tocaron como nunca con la yema de los dedos el cielo de la *revolución social*. En ocasiones, sobre todo entre 1919 y 1920, la notoriedad del vacío que temporalmente había creado el proceso de reconstitución del orden capitalista reforzó la impresión subjetiva sobre la posibilidad de triunfo revolucionario, de tal manera que posibilidades y espejismos se entrelazaron para confundir a los contemporáneos y a la historiografía posterior sobre el signo real de acontecimientos tales como las insurrecciones alemanas, la oleada de huelgas en Francia, la ocupación de fábricas en Alemania, las agitaciones campesinas en Andalucía o las luchas por el derecho de representación sindical en Cataluña. ¿Se trataba en verdad del derrumbe final del sistema, del capítulo definitivo del fin de la opresión y el comienzo del cambio de base en la sociedad humana?, ¿o sólo se estaba asistiendo a un traumático paso hacia su reformulación?

Ese doble proceso *revolución-reformulación* se vio acompañado por una movilización obrera de masas como nunca antes se había conocido, y por lo que hace a su manifestación más común y popular, la huelga, como nunca se conoció después hasta el momento presente. En efecto, entre el primer año de la posguerra y los iniciales de la década del veinte tuvo lugar en Europa de una manera generalizada, tanto en el seno de los Estados vencedores como en el de los vencidos o en el de los países, como España, que se habían mantenido neutrales, una oleada huelguística que bien merece aquel calificativo de *explosión* que Hobsbawm propusiera para 'los momentos punta del movimiento obrero'. Una *explosión huelguística* que respondiendo a un abanico de motivaciones tuvo como causa común la reorganización del sistema de relaciones sociales y económicas tras el fin de la guerra, y presentó la jornada de ocho horas, la reivindicación mítica del movimiento obrero desde hacía cuarenta años, como argumento y conquista más generalizada. Los gráficos 1, 2 y 3, referidos a la cantidad de jornadas de huelga acumuladas en un año⁴, ilustran convenientemente el salto que el movimiento huel-

⁴ Hobsbawm: *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Barcelona, 1977.

4 Esa es, en mi opinión, la magnitud más importante para el análisis del movimiento huelguístico, y tras ella la de la cifra de huelguistas, no la del número de huelgas, que enmascara los datos cualitativos más importantes del proceso huelguístico, como por ejemplo la dimensión de la huelga o su duración; obviamente, el número de jornadas de huelga habrá de expresar tanto la cantidad de huelguistas como la duración del conflicto, siendo por ello su dato más representativo. Lamentablemente ésa es, precisamente, el que presenta mayores lagunas de información en las estadísticas de huelgas conocidas, lo que dificulta el trabajo de comparación. Para mayor simpli-

GRAFICO 1
Huelgas en Gran Bretaña, 1891-1939

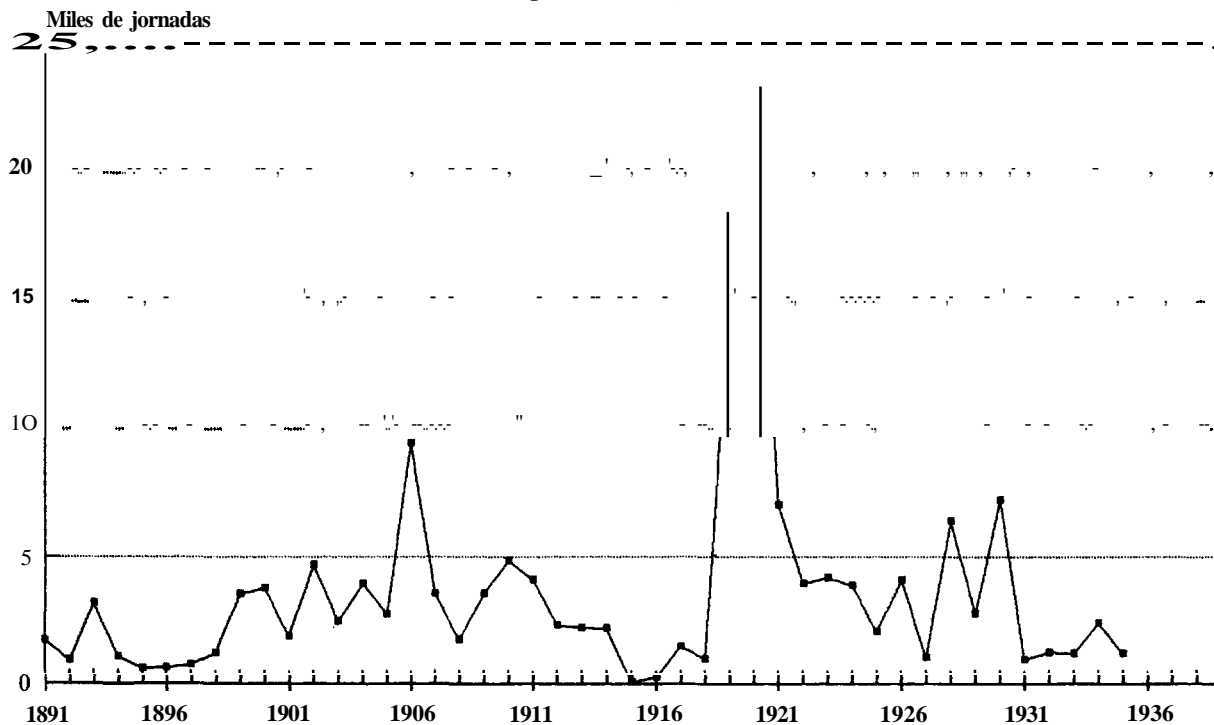


Fuente: European Historical Statistics.

José Luis Martín Ramos

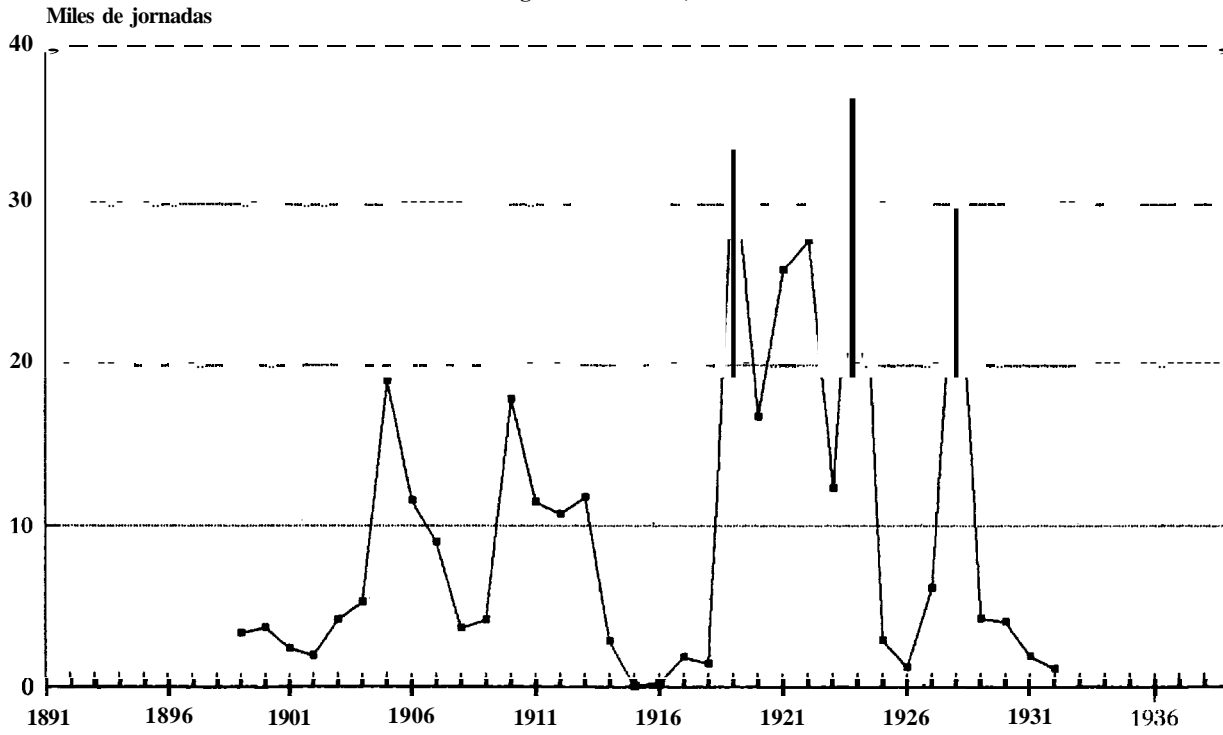
GRAFICO 2
Huelgas en Francia, 1891-1939

Huelga y revolución



Fuente: *European Historical Statistics.*

GRAFICO 3
Huelgas en Alemania, 1891-1939



Fuente: *European Historical Statistics.*

guístico dio en aquellos años. Tanto en el caso de Gran Bretaña como en el de Francia —para los que disponemos de los datos oportunos desde la última década del XIX— es perfectamente perceptible el proceso cíclico del movimiento huelguístico en el que sobresalían puntas determinadas como las de los años 1893 y 1912 en Gran Bretaña o 1906 en Francia; ese proceso cíclico es igualmente apreciable en Alemania, a pesar de que en este caso los datos disponibles sean a partir de 1899, lo cual merma rotundidad a la imagen, con crestas de magnitud casi igual en 1905 y 1910. La guerra mundial, con su secuela de restricción, de hecho y de derecho, de las actividades del movimiento obrero dio lugar a una profunda caída de la actividad huelguística, mucho mayor en Francia o Alemania, donde en 1915 se alcanzaron las cifras más insignificantes de su historia, que en Gran Bretaña, cuyas organizaciones obreras resistieron mejor las consecuencias antisociales de la guerra. Esa caída subrayó aún más el salto que se produjo en los tres casos en el mismo año 1919, el cual situó a un nivel desconocido hasta entonces la actividad huelguística, con la peculiaridad de que ello se producía al mismo tiempo por toda la geografía europea e incluso en las islas. Un salto que se mantuvo e incluso aumentó en 1920 y 1921, fecha a partir de la cual la actividad huelguística decreció en casi todas partes; menos en Alemania, donde la crítica situación económica y política del país determinó una prolongación de la “explosión” hasta 1924 cuando en el resto de Europa el movimiento de huelgas había regresado a sus dimensiones de preguerra. La cota alcanzada en el momento de la explosión no se rebasaría ya, a excepción de Gran Bretaña, donde lo fue en 1926 como consecuencia directa de la huelga general de aquel año a manera de epílogo tardío de aquella época dorada de la movilización proletaria. Para apreciar mejor la importancia cuantitativa del salto téngase en cuenta que el máximo de jornadas de huelga acumuladas (algo más de 33 millones en 1919 y de 36 millones en 1924 en Alemania; más de 23 millones en 1920 y casi 24 en 1922 en Francia; cerca de 86 millones en 1921 y más de 162 en 1926 en Gran Bretaña) son cantidades que no se han vuelto a alcanzar en todos los años que abarca la obra de Mitchell, aun a pesar del aumento de la población trabajadora; en Gran Bretaña la cifra más alta recogida después de 1926 es de 8,4 millones en 1957, en Francia la cota mayor posterior se sitúa en 1947 con 22,6 millones y en Alemania el régimen nazi y su división política tras la guerra hicieron descender la actividad huel-

ficación, los gráficos presentados y los datos que se incluyen en su comentario están basados en MITCHELL, B. R.: *European Historical Statistics*. Londres (1975).

guística hasta cifras insignificantes con respecto a las de antes de 1933, correspondiendo el nivel máximo a 1963, cuando en la República Federal se contabilizaron 1,8 millones de jornadas de huelga.

Esa explosión reivindicativa podía confundirse con el levantamiento de los oprimidos, que alcanzó en Hungría, Alemania o Bulgaria momentos de insurrección; un levantamiento cuyos objetivos conscientes y queridos irían más allá de las reivindicaciones económicas. O por el contrario, el significado de la aguda conflictividad se encerraba en sí mismo, siendo fundamentalmente un movimiento de defensa de mejores condiciones de vida y trabajo, que encontraba un contexto en extremo favorable y multiplicador en la reformulación del sistema, desde el punto de vista objetivo, y el temor burgués a la imitación doméstica del 17 bolchevique. A mediados de 1920 todavía la dirección comunista creía en 10 primero y Lenin así 10 expresaba en el documento que haría de ser considerado como el *Manifiesto* de la Tercera Internacional ⁵:

La huelga es el medio de acción más habitual en el movimiento revolucionario. Su causa más frecuente es el alza de los precios sobre los productos de primera necesidad. La huelga surge frecuentemente de conflictos regionales. Es el grito de protesta de las masas impacientadas por los manejos parlamentarios de los socialistas. Expresa la solidaridad entre los explotados de un mismo país o de países diferentes. Sus divisas son de naturaleza económica a la vez que política. Frecuentemente, fragmentos de reformismo se entremezclan con consignas de revolución social. La huelga se calma, parece terminar, luego prosigue con más fuerza, trastocando la producción, amenazando al aparato gubernamental. Despierta la furia de la burguesía porque aprovecha toda ocasión para expresar su simpatía por la Rusia soviética. Los pensamientos de los explotadores no los engañan. Esta huelga desordenada no es sino una compulsión de las fuerzas revolucionarias, una llamada a las armas del proletariado revolucionario. La estrecha dependencia en la que se encuentran todos los países y que se puso en evidencia de manera tan catastrófica durante la guerra da una importancia particular a los sectores del trabajo que vinculan a los países entre sí y coloca en primer plano a los ferroviarios y a los obreros del transporte en general. El proletariado del trans-

5 RAGONERI, E., clásico de la historiografía comunista italiana, daba la siguiente valoración de dicho documento: "constituye el texto que expresa más acabadamente esta concepción leninista del internacionalismo proletario y es, también en este sentido, un documento con un valor programático en la historia de la Internacional Comunista. En muchos aspectos tiene una función y una importancia comparables al *Manifiesto inaugural* escrito por Marx y Engels para la fundación de la Primera Internacional", en *Lenin y la Internacional Comunista*, publicado en castellano como introducción a "Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte", *Cuadernos de Pasado y Presente*, núm. 43, p. XXXII. Buenos Aires, 1973

porte tuvo ocasión de demostrar su fuerza en el boicot a la Hungría y a la Polonia blancas. La huelga y el boicot, métodos que la clase obrera empleaba al comienzo de su lucha trade-unionista, es decir, cuando aún no había comenzado a utilizar el parlamentarismo, tienen en nuestros días la misma importancia y el mismo temible significado que la preparación de la artillería antes del último ataque ⁶.

Esa particular compulsiva podía tener grados y habría de expresar la máxima potencialidad revolucionaria de las masas trabajadoras cuando alcanzara su límite máximo de extensión, aunque estaba claro para la IC que el paso entre la compulsiva y la revolución no era automático. La batalla no la ganaría la artillería, sino sólo la irrupción de la infantería proletaria. En el mismo Segundo Congreso de la IC las *Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la Revolución Proletaria* se encargaban de precisar el proceso:

pero no es mediante la huelga general, mediante la táctica de los brazos caídos, como la clase obrera puede lograr la victoria sobre la burguesía. El proletariado debe llegar a la insurrección armada. El que comprende esto debe también comprender que un partido político organizado es necesario y que no pueden existir difusas uniones obreras ⁷.

La huelga había de ser síntoma y preparación del movimiento revolucionario. Lo primero derivaba de la constatación de la intensidad que esa tan característica acción del movimiento obrero –y Lenin se encargaba de subrayar que había aparecido como una de sus primeras manifestaciones *naturales* antes de la *degeneración* del parlamentarismo- había cobrado en la inmediata posguerra; entraba en la lógica pensar que un salto tan incomparable con los anteriores y tan generalizado no podía deberse a las mismas razones que en pasado, situadas dentro de los límites de la conquista económica, y había de ser síntoma de una situación radicalmente nueva, ¿por qué no revolucionaria? Para lo segundo habían de cumplirse algunas condiciones, unas propias del movimiento reivindicativo mismo, y otras, fundamentales, externas a él. En los primeros documentos de la Internacional Sindical Roja, su *Programa de acción*, escrito en septiembre de 1921, dedicado a impartir el *a*, *b*, *c* de la actuación de los comunistas en el seno de los sindicatos y en el seno de la movilización económica de las clases trabajadoras, Lozovsky expuso algunas de

⁶ "Los cuatro primeros congresos", *op. cit.*, p. 205.

⁷ "Los cuatro primeros congresos", *op. cit.*, p. 134.

esas condiciones internas, luego de insistir en el callejón sin salida que representaban las acciones aisladas y corporativas

—en una situación de crisis económica, en periodo en que los empresarios tienen su frente único, las movilizaciones parciales están condenadas de antemano al fracaso⁸—, sentenció que la tarea de los sindicatos revolucionarios consiste siempre en generalizar los conflictos⁹, y más adelante en el mismo documento insistió: *ninguna acción parcial, ninguna huelga parcial, ni el menor conflicto deben pasar sin dejar sus huella.;* en este sentido. *Los sindicatos revolucionarios deben generalizar estos conflictos, infundir a todos los obreros la conciencia de que la revolución social y la dictadura del proletariado son necesarias e ineluctables*¹⁰.

La condición externa fundamental era que la dirección final del movimiento había de recaer en una dirección política revolucionaria, el propio Partido Comunista, la herramienta indispensable para convertir la huelga general en huelga revolucionaria; en el mejor de los casos, incluso, la misma convocatoria de huelga general habría de partir del Partido Comunista o cuando menos de aquellos organismos que en el movimiento obrero europeo habrán de configurar su futuro propio propio, los Consejos de Obreros o Consejos de Fábricas.

Otra perspectiva era la que consideraba exactamente al revés de como lo hizo Lenin que esa llamada reivindicativa no significaba el bombardeo de la artillería antes de la última batalla, sino tan sólo un amplio movimiento en el curso de la guerra que respondía a la cesión del enemigo, pero no podía llegar a considerarse, de una manera generalizada, como el momento del último ataque. Incluso podría pensarse, jugando con la propia frase de Lenin, que fragmentos de revolucionarismo se entremezclaban con consignas de reforma social. En ese sentido, la explosión reivindicativa, la movilización general de las masas, esa *época dorada* de la huelga como arma de combate proletaria, no era la antesala de la revolución y, por el contrario, podía entrar en contradicción con ella si se pretendía forzar el alcance de dicha movilización, por magna que ésta fuera. Así se empezó a vislumbrar ya entrada la década, por más que la tendencia en el movimiento comunista fue culpar de ello a los condicionantes externos —la falta de dirección o la dirección reformista del movimiento— más que a profundizar en su interioridad, en su naturaleza mis-

⁸ LOZOVSKY, D.: *La Internacional Sindical Roja*, p. 80. Madrid, 1978.

⁹ LOZOVSKY, D.: *op. cit.*, p. 81.

¹⁰ LOZOVSKY, D.: *op. cit.*, p. 137.

luelga y revolución

ma. En 1919-1920 los hechos se interpretaron exclusivamente como el prelude de la *revolución mundial*.

La *revolución mundial* se había iniciado en 1917 en el Imperio zarista; derribado por la revolución de febrero pagó los platos rotos de la catástrofe de la guerra, de cuyas garras no fue capaz de escapar el régimen republicano, lo que facilitó la radicalización que hizo posible la toma del poder por los bolcheviques en octubre. Lenin mismo impulsó ese segundo paso, rompiendo vacilaciones en el seno de la fracción bolchevique con su irrupción en Rusia y la publicación de sus *Tesis de Abril*, ampliadas poco después en el escrito *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*. En dichos textos completaba la argumentación sobre el binomio guerra-revolución que le había proporcionado una posición singular en el movimiento socialista de rechazo a la guerra constituido en Zimmerwald; para Lenin,

con la revolución rusa de febrero-marzo de 1917, la guerra imperialista comenzó a transformarse en guerra civil. Esta revolución dio el *primer* paso hacia la finalización de la guerra. Pero se requiere un *segundo* paso, a saber, que el poder político pase a manos del proletariado, para *asegurar* la finalización de la guerra. Ello será el comienzo de una *ruptura* mundial, de una ruptura en el frente de los intereses capitalistas, y sólo rompiendo *ese* frente, el proletariado *puede* salvar a la humanidad de los horrores de la guerra y ofrecerles los beneficios de la paz ¹¹.

La *ruptura mundial* sería identificada como la *revolución mundial*, término que había acuñado Pannekoek yal que Lenin y los bolcheviques dieron un contenido concreto haciéndola partir de su propia decisión de tomar el poder, en la esperanza de que lo que había ocurrido en un país con un proletariado numéricamente reducido habría de reproducirse con creces allí donde constituyera la mayoría de la población o casi.

Asimismo se apuntaba la propuesta de cuál habría de ser el instrumento internacional preciso para la expansión del proceso revolucionario. Desde luego no la quebrada Segunda Internacional, pero tampoco aquel movimiento de Zimmerwald, ni ningún organismo que pudiera surgir de cualquier proceso deliberativo. En las *Tesis* había propugnado la *iniciativa para crear una Internacional revolucionaria, una Internacional contra los socialchovinistas y el "centro"* ¹²,

¹¹ LENIN, V. 1.: "Las tareas del proletariado en nuestra revolución (proyecto de plataforma del partido proletario)", la cita corresponde a la publicación *Las Tesis de Abril*, p. 50. Buenos Aires, 1973. La cursiva es reproducción del original.

¹² LENIN, V. 1.: *Tesis de Abril*, *op. cit.*, p. 14.

sin más especificaciones ni plazos, pero estos los marcó inmediatamente en el documento elaborado para la conferencia:

No abriguemos ilusiones. No debemos engañarnos a nosotros mismos. Esperar la reunión de congresos o conferencias internacionales es simplemente *traicionar* al internacionalismo (...). Nuestro partido no debe *esperar* sino *fundar* inmediatamente una Tercera Internacional. Y cientos de socialistas encarcelados en Alemania e Inglaterra exhalarán entonces un suspiro de alivio; miles y miles de obreros alemanes que en este momento realizan huelgas y manifestaciones que aterrorizan a ese granuja, a ese bandido de Guillermo se enterarán, a través de volantes *ilegales*, de nuestra decisión, de nuestra confianza fraternal en Karl Liebknecht y sólo en él, de *nuestra* decisión de combatir, inclusive ahora, el "defensismo revolucionario" 13

A pesar de esa decidida voluntad de su máximo dirigente los bolcheviques rechazaron en su Conferencia del abril del 1917 la ruptura con Zimmerwald y Lenin tuvo que confesar en epílogo al documento, redactado a finales de mayo, que la propuesta de creación de la Tercera Internacional había quedado aplazada, sin que Lenin a pesar de todo rebajara ni un ápice su posición de que los bolcheviques estaban *obligados a fundar sin dilaciones la Tercera Internacional* 14. Los cometidos de esa nueva agrupación mundial los había marcado ya Lenin en noviembre de 1914 al hacer balance de la quiebra de la socialdemocracia ante la guerra, atribuyéndola una función ejecutiva y operativa y no meramente deliberante 15, pero ciertamente podía parecer como un salto en el vacío incluso para la mayoría bolchevique que en la primavera de 1917 aún no tenía claro el desenlace de los acontecimientos en la propia Rusia y su propio futuro como formación revolucionaria.

La revolución de _____ que había de iniciar la *ruptura* del frente capitalista mundial, tendría que haber desbloqueado la convocatoria de esa Tercera Internacional, tanto más cuanto que, teóricamente, era la guerra el caldo de cultivo adecuado para la generalización del proceso revolucionario; sin _____ hasta enero de 1919 no tuvo

13 LENIN, V. I.: "Las tareas del proletariado...", *op. cil.*, pp. 73-79.

14 LENIN, V. I.: *ibid.*, p. 33.

15 "En el último tercio del siglo XIX y al comienzo del XX la Segunda Internacional ha cumplido su parte de útil labor preparatoria, de organizar las masas proletarias en el período "pacífico" de la más cruel esdavidud capitalista. A la Tercera Internacional espera la tarea de organizar la fuerza del proletariado para el asalto revolucionario contra los gobiernos capitalistas, para la guerra civil contra la burguesía de todos los países, para el poder político, para la victoria del socialismo"; la cita es de AGOSTI, A.: *La Terza Internazionali. Storia documentaria*, 1. 1.

lugar la convocatoria pública de la reunión que tendría que constituir la a celebrar en Moscú en marzo de aquel año. Las explicaciones habituales sobre ese retraso -**que** por otra parte ha merecido escasa atención- hacen referencia a diversos impedimentos circunstanciales, es decir no de fondo como los que, y es un ejemplo muy representativo, cita Aldo Agosti:

El objetivo de la constitución de una nueva Internacional proletaria (...) continuó firmemente presente en el programa bolchevique después de la conquista del poder: sin embargo, la gravedad de la situación militar y los enormes esfuerzos requeridos para consolidar el poder revolucionario retardaron todavía otro año su actualización ¹⁶; añadiendo más adelante el hecho de la dificultad de establecer una relación con la vanguardia revolucionaria de los países beligerantes.

Son razones no menospreciables -**no** puede olvidarse que el régimen soviético vivió al día, actuando sobre la marcha en sus primeros tiempos-, pero no me parecen definitivas, e incluso podría considerarse que la primera de ellas, la guerra civil en Rusia, podía ser tanto un motivo para retrasar la convocatoria como para adelantarla al objeto de generar apoyos explícitos y operativos en el exterior; en cuanto a las dificultades *físicas* para conectar con la vanguardia, éstas no se habían superado en 1919 y ¹⁰ cierto es que el Primer Congreso de la Internacional Comunista, en marzo de dicho año, se desarrolló en ese aspecto en términos de gran precariedad.

Puede pensarse en otras razones que más que dificultar maniataban la decisión bolchevique, tanto más cuanto que la consolidación del nuevo régimen se convirtió en su objetivo prioritario, por encima de cualquier otro. Por ejemplo, las implicaciones y consecuencias de la firma de la paz por separado con el Imperio alemán, que significaba cumplir con una de las razones del movimiento de octubre -**el** fin de la guerra- y era sobre todo fundamental para su supervivencia ¹⁷. La negociación de la paz con el gobierno alemán no favorecía

¹⁶ AGOSTI, A.: *La Terza Internazionale. Storia Documentaria. Primera parte* (1919-1923), volumen 1, Editori Riuniti, pp. 8-9, Roma, 1974. Una explicación similar había ofrecido ya antes BERTI en su introducción a *I primi dieci anni di vita del Partito Comunista Italiano. Documenti inediti dell'Archivio Angelo Tasca*, Annali del Istituto Giangiacomo Feltrinelli, vol. VIII, 1966: "Después de octubre de 1917 la revolución bolchevique victoriosa abrió, de hecho, un nuevo sistema de relaciones internacionales (...) pero la situación de guerra civil en la que Rusia se encontraba hacía bastante difíciles las relaciones internacionales. Se consiguió, con todo, convocar el primer congreso...", p. 81.

¹⁷ Aparte de la cita obligada de la obra de CARH, E. JI., creo oportuno invitar a releer la obra de COHEN, S. F.: *Bujarin y la revolución bolchevique*. Madrid, 1976. En

la convocatoria pública de una Internacional revolucionaria, en la que sus participantes alemanes estaban llamados a ser una pieza esencial. Pero si la dinámica de la negociación de la paz no aconsejaba tal llamada, la firma del tratado, en marzo de 1918, tenía consecuencias que la hacían poco oportuna a corto plazo; la paz de Brest-Litovsk fue ampliamente mal recibida entre la opinión popular, incluida la de las clases trabajadoras o la izquierda socialista de la época, de Francia, Italia 18; mucho más cuanto que fue seguida poco después por las últimas ofensivas austroalemanas, con un elevado saldo de víctimas.

Hay diversas consideraciones a hacer sobre el retraso y el tema desborda los marcos de este artículo; con todo, lo que me interesaba apuntar ahora es que más allá de las razones circunstanciales, de las derivadas de la lógica de la defensa inicial del régimen soviético pudo haber también una razón de fondo, de concepción misma del proceso revolucionario y de su instrumento, cuyo carácter mundial, en principio, fue perfilado en un determinado sentido tras la toma del poder por los bolcheviques y su afirmación en el mismo curso de 1918. Ragoneri en el artículo citado recuerda cómo, curiosamente, Lenin en *La Tercera Internacional y su lugar en la historia* (abril 1919) afirmaba que ésta se había creado *de hecho* en 1918, preguntándose qué intentaba expresar el líder bolchevique con dicha afirmación 19; descartando que se quisiera subrayar la constitución de los primeros partidos comunistas Ragoneri continúa:

quien recorra los escritos de Lenin sobre la situación internacional entre fines de 1918 y los primeros meses de 1919 no tardará en destacar cómo aquella periodización de Lenin parte en sus razones de una valoración que consideraba e interpretaba un ámbito más profundo, universal, de problemas 20,

el que se refería a la valoración del papel de la revolución de octubre en la historia y de su ubicación en el proceso de la *revolución mundial*. En marzo de 1918 Lenin todavía pensaba, o al menos ésa era

particular, las páginas del tercer capítulo, "La política de guerra civil", en donde se exponen las razones de la oposición de Bujarin al tratado de Brest-Litovsk.

18 "La paz Brest-Litovsk, que la opinión popular no estaba ciertamente preparada para comprender, fijaba, pues, el límite — a la vez en el tiempo y en el espacio político — en el que debía detenerse la evolución hacia la izquierda del movimiento obrero francés", KRIEGL, A.: *Aux origines du communisme français, 1914-1920*, vol. 1, pp. 193 y anteriores. París, 1964.

19) RAGONERI, E.: *op. cit.*, pp. XXVII y ss.

20) *[ibid.]*

su opinión públicamente expresada, que el futuro de la revolución soviética dependía del futuro de la *revolución mundial* 21. Entre la primavera y el otoño de ese año,

por lo menos a partir de octubre de 1918, con un cambio que en el plano teórico queda señalado por el comienzo del escrito contra el "renegado Kautsky" Lenin empezaba a poner en el centro de su análisis los modos y los períodos de la revolución mundial: "Nuestra revolución resultó ser un fenómeno mundial" (...) "hemos conseguido que la palabra soviét sea comprensible en todos los idiomas del mundo" 22;

es decir, se empezó a invertir los términos de la relación entre *revolución de octubre* y *revolución mundial*. Berti recoge el proceso seguido aún más explícitamente: en *La enfermedad infantil del comunismo* (abril-mayo 1920) Lenin reconoció que un tiempo después de la revolución de octubre todavía se pensaba que ésta era más la excepción que la regla rusa 23. En efecto, ése había sido uno de sus argumentos fundamentales para la defensa del Tratado de Brest-Litovsk:

La revolución no llegará tan pronto como esperábamos. La historia lo ha demostrado, y hay que saber aceptarlo como un hecho, hay que aprender a tener en cuenta que la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar con tanta facilidad como en Rusia, país de Nicolás y de Rasputín, y en donde para gran parte de la población era completamente indiferente saber qué clase de pueblos viven en la periferia y qué es lo que allí ocurre 24

A finales de año se empezó a pensar que el régimen del soviét y la dictadura del proletariado tenían que convertirse en un modelo y un ejemplo para todos 25. Ello vino finalmente a coincidir con el estallido de la revolución alemana, en noviembre, pero lo significativo no fue que el Partido Comunista Ruso buscara en ésta su originalidad, las hipotéticas señales de identidad propia de la revolución en los países avanzados, sino que por el contrario persiguiera orientar

21 "Si examinamos la situación en escala histórico-mundial, no cabe la menor duda de que si nuestra revolución se quedase sola, si no existiese un movimiento revolucionario en otros países, no habría ninguna esperanza de que llegase a alcanzar el triunfo final". *Informe sobre la guerra y la paz*, en *Obras escogidas*, vol. V, p. 73. Buenos Aires, 1965.

22 RACIONERI, E.: *op. cit.*, p. XXVJII.

23 BERTI, G.: *op. cit.*, pp. 85-86.

24 LENIN, V. I.: *In/orme sobre la guerra...*, *op. cit.*, p. 77.

25 BERTI, G.: *op. cit.*, p. 85.

la revolución alemana según el modelo bolchevique. Cuando se empezó a considerar la revolución soviética irreversiblemente como punto de partida y como modelo, como categoría fundamental de la *revolución mundial*, se hizo inaplazable el paso de la constitución del instrumento que había de, al mismo tiempo, defender y expandir ese modelo en el exterior, la Internacional Comunista, *desde arriba*, aun a costa, como es archisabido, de la opinión precisamente de los espartaquistas. Por otra parte, dado que las características esenciales de la *revolución de octubre* habían sido el partido y el *soviet*, éstos pasaban a ser los términos fundamentales del naciente movimiento comunista, en el que se sustituía la anterior polémica socialista sobre las vías de la revolución (el parlamento, la huelga de masas...) por la estimación en primer término de sus órganos (el *soviet*, el consejo, pero sobre todo la organización compacta y disciplinada de la vanguardia, la dirección...).

Se partía, desde la cúspide del PCR, de un apreciable pragmatismo sobre los medios de lucha previos al asalto del poder (acción parlamentaria, huelga de masas, acción sindical, etc.), otorgando a cada uno de ellos un papel específico pero ninguno por sí solo determinante, para afirmarse en una defensa cerrada de la existencia de un solo modelo de revolución socialista, que tendría como factores determinantes la organización del movimiento obrero en *soviets* bajo la dirección política comunista, la toma del poder por la acción militar y la tendencia a identificar revolución con guerra civil. Por otra parte, ese pragmatismo sobre los medios de lucha vino a coincidir en los años fundacionales de la Tercera Internacional -de 1919 a 1921- con el carácter heterogéneo de los colectivos que buscaron integrarse en ella, cuando todavía la vertebración progresivamente monolítica del régimen soviético y de la IC no había acabado con la pluralidad ideológica del frente de simpatía con la revolución de octubre: desde anarcosindicalistas y *wobblies* hasta socialistas de izquierda, pasando por antiparlamentaristas, consejistas y antisindicalistas. Con todo, hasta finales de 1923, hasta el fracaso del *octubre alemán*, la acción revolucionaria en Europa se consideró como una combinación de acción dirigida de masas, de huelga general organizada, y de acción militar en la que el partido había de mostrar su capacidad de dirección al tomar la decisión suprema en el momento oportuno y garantizar la adecuada y fluida relación entre acción de masas y acción militar.

2. Francia. La revolución como producto de la huelga

Siguiendo a Annie Kriegel-lo que es todavía inevitable en el panorama de la historiografía francesa sobre el tema-, Brest-Litovsk marcó abruptamente los límites del inicial decantamiento hacia la izquierda del movimiento obrero francés, que había tenido una muestra en las movilizaciones contra la guerra de la primavera de 1917. El *derrotismo-pacifista* con el que se había identificado a la mayoría del minoritario frente francés de oposición a la guerra, bien podía aparecer como un traidor cómplice de las armas alemanas que contraatacaban con dureza en todos los frentes en abril de 1918; aun cuando esa complicidad fuera involuntaria, lo cual Clemenceau estaba dispuesto a demostrar que no era más que una patraña encubridora de la conexión que habrían establecido, según él, el contubernio bolchevique-alemán iniciado en el *tren de Finlandia* y culminado en Brest-Litovsk, y los protobolcheviques franceses como Gilbeaux o los militantes del Comité de Defensa Socialita. Cogido así el movimiento obrero francés entre dos fuegos sólo una limitada y aislada réplica se intentó en aquel tránsito del invierno a la primavera de 1918. Su punto de partida fue la relativa reactivación del movimiento reivindicativo, que pareció tomar amplitud cuando en abril se empezó a plantear la convocatoria de sendas huelgas generales en los sectores de la construcción y de la metalurgia de la región parisina²⁶, concretándose en el caso de la construcción, pero no en la metalurgia, en la primera semana de mayo. Su culminación fue la extensión del movimiento huelguístico entre los mineros y los metalúrgicos de la cuenca del Loira, apuntándose la posibilidad de su expansión a toda Francia. Esa posibilidad, hipotética dado el momento que atravesaba en su conjunto el obrerismo galo, fue cortada de cuajo por Clemenceau, persiguiendo a los líderes locales de la movilización y acusando de traición a sus supuestos instigadores, Pericat, Després y el Comité de Defensa Social; tras ello el intento de reaccionar del CDS abortó al no poder movilizar en su apoyo más que un millar de trabajadores en París. “Una vez más –**1a** tercera- el movimiento obrero francés, colocado entre una perspectiva revolucionaria y las exigencias de la defensa nacional, confirma su elección de 1914. Una vez más, desaprueba una acción susceptible de añadirse todavía a la amenaza que pesa sobre la nación”²⁷.

²⁶ KRIEGEL, A.: *op. cit.*, pp. 210-214.

²⁷ *Ibid.*, p. 215.

El binomio leninista *guerra-revolución*, que Bujarin y la izquierda bolchevique habían querido desarrollar a fondo con su oposición a Brest-Litovsk²⁸, quedó claramente desmentido en Francia tras el fracaso de los movimientos de 1917 y 1918. Habría que esperar al fin de la guerra para que el movimiento obrero francés, libre de la hipoteca que le había impuesto sobre su capacidad de decisión la *defensa nacional*, adoptara de nuevo el curso hacia la izquierda y renovara con algunas perspectivas de verosimilitud sus esperanzas revolucionarias. Aunque el desarrollo de las acciones contra la guerra habían dejado, cuando menos subjetivamente, una consecuencia, ratificada por los hechos de 1918, el protagonista de ese curso hacia la izquierda habría de ser el movimiento huelguístico y las expresiones organizativas a él vinculados, en primer término el sindicalismo revolucionario que hacía de la *revolución soviética* el anuncio de su propia acción. Ya se ha señalado antes cómo el período de 1919-21 constituye la cumbre, en términos cuantitativos, del movimiento huelguístico en Europa referido al cómputo de jornadas de huelga acumuladas, pero si nos detenemos en el caso francés y ampliamos el análisis tomando en consideración el número de huelguistas (gráfico 4) podemos comprobar cómo ese momento culminante tuvo además su preparación por lo que hace a la participación de los trabajadores en los conflictos en 1917-18, marcando incluso 1917 una de las puntas máximas desde el inicio de la serie en 1891. Los años 1917-18 dejaban atrás el proceso de desmovilización que había acompañado el estallido de la guerra y en ese sentido, a pesar de que la presión gubernamental y de los sectores del movimiento obrero más comprometidos con la política de *defensa nacional* limitó el alcance de esas movilizaciones —lo que se refleja en que la curva de jornadas de huelga muestra un ritmo de cambio claramente inferior—, ese hecho alentaba la expectativa de un salto hacia adelante en el proceso de movilización. Este se produjo cuando acabó la guerra y al fin de aquellas presiones exteriores sobre el movimiento reivindicativo se sumaron el retorno de los soldados del frente y los trastornos derivados del proceso de reconversión económica de la posguerra.

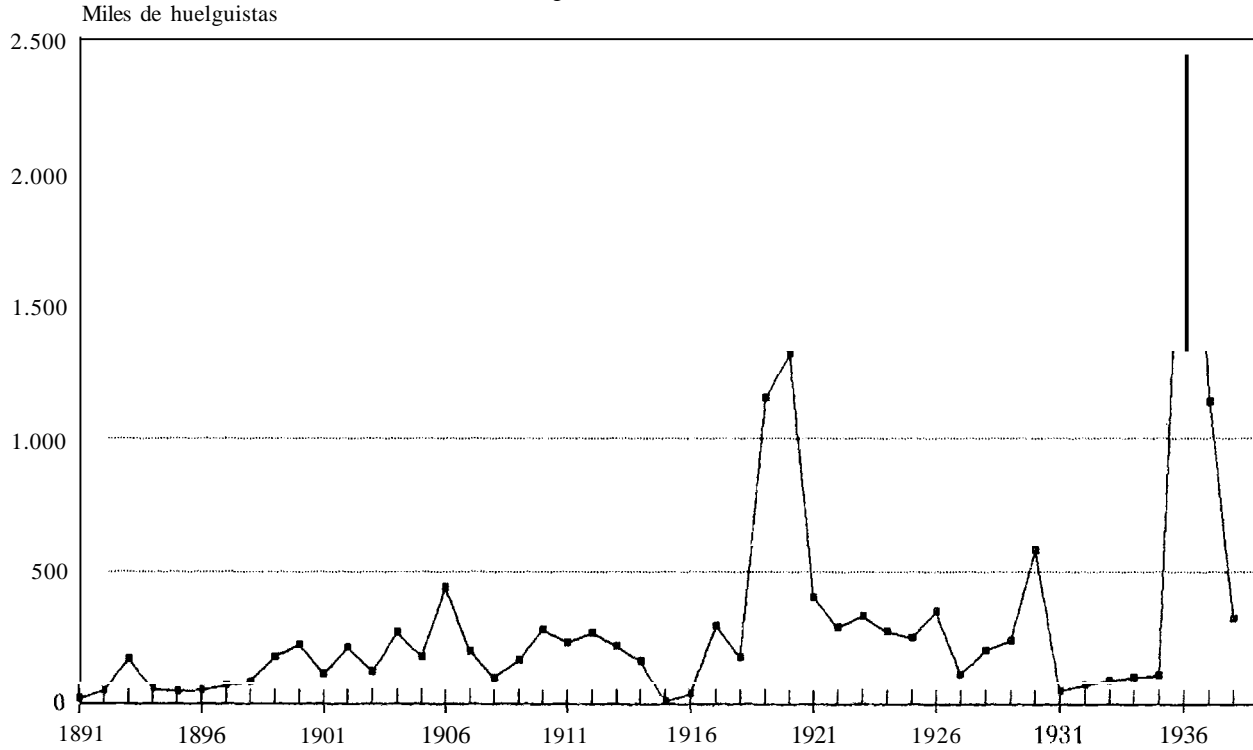
Se daban numerosas condiciones: huelgas, sindicalistas, revolucionarios, revolucionarios que buscaban en el movimiento reivindicativo e incluso en los sindicatos la base de su acción, el reflejo de emulación de la revolución soviética... Desde luego,

²⁸ COHEN, S. F.: *op. cit.*

GRAFICO 4
Huelgas en Francia, 1891-1939

Huelga y revolución

101



Fuente: European Historical Statistics.

a fortiori, en el marco de esta revolución europea inminente, los bolcheviques esperaban la revolución comunista en Francia: ¿Por qué la burguesía francesa e italiana aparece en este momento como la más belicista? Porque la revolución social está más madura que en cualquier otra parte en Francia y en Italia. Porque los capitalistas franceses e italianos no tienen casi nada que perder²⁹.

Claro que eso lo afirmaba Zinoviev en mayo de 1919, cuando se había sufrido una clara decepción por el primer desenlace de la revolución en Alemania. La Confederación General del Trabajo, que había más que doblado a fines de 1918 sus afiliados con respecto a los que tenía en 1914 (5.986.281 frente a 2.567.613 sellos repartidos), estaba llamada a ser la palanca de ese proceso, mientras que el Partido Socialista, que sin pausas, pero también sin ninguna prisa, se estaba decantando hacia el centro-izquierda en el curso de un laborioso debate interno, había de asistir como espectador, al menos inicialmente, de tal proceso. En contra de esa esperanza, que se apoyaba por parte bolchevique en el recuerdo de las tradiciones revolucionarias francesas, al parecer renovadas por el propio sindicalismo de comienzos de siglo, aparecía la realidad del triunfo de las posiciones *constructivas*, encabezadas por Merrheim en el congreso de la CGT en julio de 1918. La salvedad es que éste había tenido lugar en pleno apogeo centrista, en plena resaca del movimiento frustrado de la primavera; estaba por ver cuál sería el comportamiento con la entrada en los nuevos tiempos del comienzo de la posguerra.

Desde comienzos de 1919 se produjo una reactivación de los conflictos laborales que tenían como motivaciones fundamentales el encarecimiento de la subsistencia y la resistencia patronal a la aplicación de la jornada de ocho horas. Y como sector más activo los trabajadores del metal; éstos habían representado algo más de una sexta parte de los trabajadores en huelga entre 1915 y 1918, pero en 1919 pasaron a constituir entre la tercera y la cuarta parte del total³⁰,

y lo que parecía más preocupante fue el número exorbitante de huelgas sólo para el mes de junio. Sólo en la región parisina, donde la agitación metalúrgica fue importante, 170.750 metalúrgicos se pusieron en huelga, cifra a com-

²⁹ KRIEGER, A.: *op. cit.*, p. 269.

³⁰ PAPAYANIS, N.: "Masses révolutionnaires et directions réformistes: les tensions au cours des grèves des métallurgistes français en 1919", en *Le Mouvement Social*, núm. 93, 1975.

parar con los 2.950 metalúrgicos que habían parado en el departamento del Sena en abril, o con los 7.180 del mes de mayo³¹.

Para los primeros seguidores franceses de la revolución soviética, el *Partido Comunista, adherido a la Tercera Internacional*, fundado en abril por el antiguo anarcosindicalista Pericat y el ex socialista Si-grand, y los cuadros agrupados en el Comité para la Tercera Internacional, que integró desde Pericat hasta el socialista Loriot y Monatte, encabezando a los sindicalistas revolucionarios pro bolcheviques: *¿ha llegado el momento en el que de esas huelgas corporativas, limitadas en el tiempo, en su objeto, en su forma, saldrá la huelga general, ilimitada, que, revolucionaria, hará tambalearse al capitalismo? Los militantes de la uirtraizquierda lo piensan: basta, según ellos, lanzar a la arena la fuerza obrera suprema, la de los metalúrgicos, en torno a los cuales se reagruparán todas las virtualidades revolucionarias del país*³². Puede pensarse, no obstante, que el sentido de la movilización de los metalúrgicos no era tan revolucionario como la vanguardia quería creer: *Después de haber producido municiones durante la guerra, Citroen preparará durante la huelga la reanudación de la fabricación de automóviles. Jugando con las oposiciones entre la Federación del Metal -controlada por Merrheim- y los sindicatos parisinos, la patronal puede esperar limitar la amplitud del movimiento. Está permitido avanzar que la patronal ha maniobrado para empujar a los sindicatos a lanzarse a la huelga*³³. Sea como fuere, la posibilidad de trascender el carácter corporativo de la huelga dependía de su expansión dentro y fuera del sector. Tomando como motivo el desacuerdo de los sindicatos parisinos ante el pacto entre la Federación del Metal y la patronal, que establecía la semana de cuarenta y ocho horas en tanto que los primeros defendían la de cuarenta y cuatro horas, la huelga se inició el 2 de junio y se generalizó inmediatamente en la región de París, con el convencimiento de que *esta huelga no será solamente corporativa, será ante todo revolucionaria. Ha llegado el momento de arrancar a la patronal el máximo de bienestar; hay que ir hasta elfinal*³⁴. La voluntad revolucionaria tomaba además un punto de referencia, un modelo concreto en el caso de Saint-Denis, donde los huelguistas acordaron

³¹ PAPAYANIS, N.: *op. cit.*, p. 52.

³² KRIECEL, A.: *op. cit.*, p. 300.

³³ ABIERVE, B.: "Les origines de la grève des rnetallurgistes parisiens, juin 1919", en *Le Mouvement Social*, núm. 93.

³⁴ Son las palabras de uno de los trabajadores que participó en el mitin previo de junio, citadas por PAPAYANIS, N.: *op. cit.*

transformar el Comité intersindical en Comité ejecutivo del Soviet y dirigir un ultimátum al gobierno para que abandonara el poder en beneficio de la clase obrera³⁵. Pero el desenlace de la huelga fue bien lo contrario. Merrheim consiguió bloquear la extensión al resto de la industria metalúrgica del país propuesta para el 8 de junio; tras ello el comité coordinador de la huelga en la región parisina acordó por mayoría mantener la acción dentro de sus límites corporativos, dejando en minoría a los partidarios de transformar la huelga en política y revolucionaria, encabezados por el comité de Saint-Denis. Antes de acabar el mes se llegó a un acuerdo con la patronal, dentro de los términos que ésta había pactado con Merrheim, y la huelga acabó y con ella el primer intento importante de desencadenar la huelga general para llegar a la revolución. El sindicalista revolucionario Bourderon reconoció más tarde que *fue en el período de mayo cuando las masas habían estado más dispuestas a actuar*³⁶. La revolución pareció tener una segunda oportunidad en la primavera de 1920, esta vez protagonizada por los ferroviarios, que habían iniciado en febrero un movimiento huelguístico, primero en la línea París-Lyon-Marsella. Aunque el desarrollo de los acontecimientos -relatados de manera pormenorizada por Annie Kriegel, que dedicó más atención a este proceso que al de los metalúrgicos del año anterior- sugiere que la posibilidad de convertir la acción de los ferroviarios en una acción política fue un claro espejismo reforzado por el avance organizativo, fundamentalmente organizativo, de los sectores procomunistas del obrerismo francés. En particular en el seno de los sindicatos, tras la constitución en septiembre de 1919 del Consejo de los Sindicalistas Revolucionarios, liderado por los Monatte, Monmousseau, Rosmer, Semard, etc., que establecían el puente entre el sindicalismo revolucionario y el comunismo; aunque su posición era minoritaria en el seno de la CGT, tenía suficiente base de apoyo como para pensar en un progresivo aumento de su influencia. Monatte, precisamente, escribía en marzo a Trotsky dando muestras claras de optimismo, y sobrevaloración de los acontecimientos: *la clase obrera francesa volverá a encontrar bien pronto su espíritu revolucionario (...). La crisis económica que se agrava de mes en mes, y la burguesía, cada vez más agresiva, hacen impracticables toda tentativa reformista...*; e insertaba un juicio que era bien representativo del pensar de algunos de los sectores que se incorporaron inicialmente a la Internacional Comunista, pero fueron rompiendo con ella en el curso de los años vein-

³⁵ *ibid.*, p. 57.

³⁶ Citado por KRIEDEL, A.: *op. cit.*, p. 303.

te, cuando la disolución de las esperanzas revolucionarias se combinó con la monolitización del movimiento, desarrollada además en clave rusa: *la revolución dejará de ser pronto rusa para convertirse en europea*³⁷.

La huelga del P-L-M se cerró por el momento mediante un acuerdo sindicatos-patronal, pero el conflicto alentó a la minoría revolucionaria de los sindicatos a plantear en el Comité confederal nacional de la CGT, en los últimos días de marzo, una moción de huelga general ilimitada a partir del 1 de mayo. No dejaba lugar a dudas del carácter preinsurreccional que se le pretendía dar, pero la moción no prosperó y fue neutralizada por una contraria de los mayoritarios, dirigidos por Merrheim y Jouhaux, que propuso una huelga general de veinticuatro horas, susceptible de ser prolongada por un nuevo acuerdo de la dirección sindical. Las tres primeras semanas de mayo conocieron un rosario de huelgas, entre los ferroviarios de nuevo, el metal, la minería, la construcción, sin que ninguna de ellas llegara a generalizarse plenamente en su propio sector y sin que ni mucho menos pudiera empezar a concretarse la huelga general revolucionaria perseguida por el CSR. En el verano de 1920 la actividad huelguística decayó rápidamente y retornó a sus dimensiones de preguerra, en las que se mantendría hasta la eclosión, bien puntual, inducida por el triunfo del Frente Popular en 1936.

Precisamente, en ese segundo semestre, tras la celebración del segundo congreso de la IC en julio, se materializaría la constitución del Partido Comunista Francés, cuya actividad inicial habría de estar dominada más por la discordia interna que por la preparación de la revolución³⁸. Por de pronto los acontecimientos de 1919 y 1920 pusieron de relieve que en última instancia los sindicatos no constituyeron la base adecuada para el desencadenamiento de la revolución; sí, por el contrario, un terreno favorable a las opciones reformistas, a pesar de las ocasionales radicalizaciones de sus militantes y dirigentes. El saldo más tangible para el movimiento comunista francés, a falta de la no nacida huelga general revolucionaria, resultó ser el ingreso en él de gran parte de los protagonistas y de sus promotores de 1919 y 1920; incorporación de bases que se convertirían en tradicionales en el seno del comunismo francés, como los metalúrgicos

³⁷ MONATTE, P.: *Syndicalisme révolutionnaire et communisme. Les archives de Pierre Monatte*. París, 1968.

³⁸ Ver los escritos de DROZ, I. B., representante del Komintern en Francia, particularmente: *De Lénine à Staline* (1921-1931), A la Baconnière (Neuchâtel, 1971), y *"L'oeil de Moscou" à Paris* (1922-1924), Archives Julliard. París, 1964.

o la población obrera de Saint-Denis ³⁹, y de dirigentes como Monmousseau o Monatte que concluyeron tras el fracaso del movimiento en favor de la huelga general la necesidad de constltuir un partido de nuevo tipo, el que para ellos había de ser el comunista, para romper la tenaza de la acción convergente del reformismo y el Estado que los había derrotado en marzo-mayo de 1920 ⁴⁰. Su incorporación al comunismo -breve para muchos de ellos, como Monatte o Rosmer, expulsados en diciembre de 1924- les supondría un cambio también de preocupaciones: los mecanismos de la huelga general revolucionaria que al final no han conocido serán en ese capítulo sustituidos por *la formación de comités de taller o de fábrica en el seno de los sindicatos según el modelo de los soviets como métodos específicos de relación partido-sindicato que les permita combatir mejor por el control obrero en las fábricas* ⁴¹ y desde luego por la lucha por el control, primero de la CGT y después de la CGTU.

3. Italia. La acción suprema que nunca llega

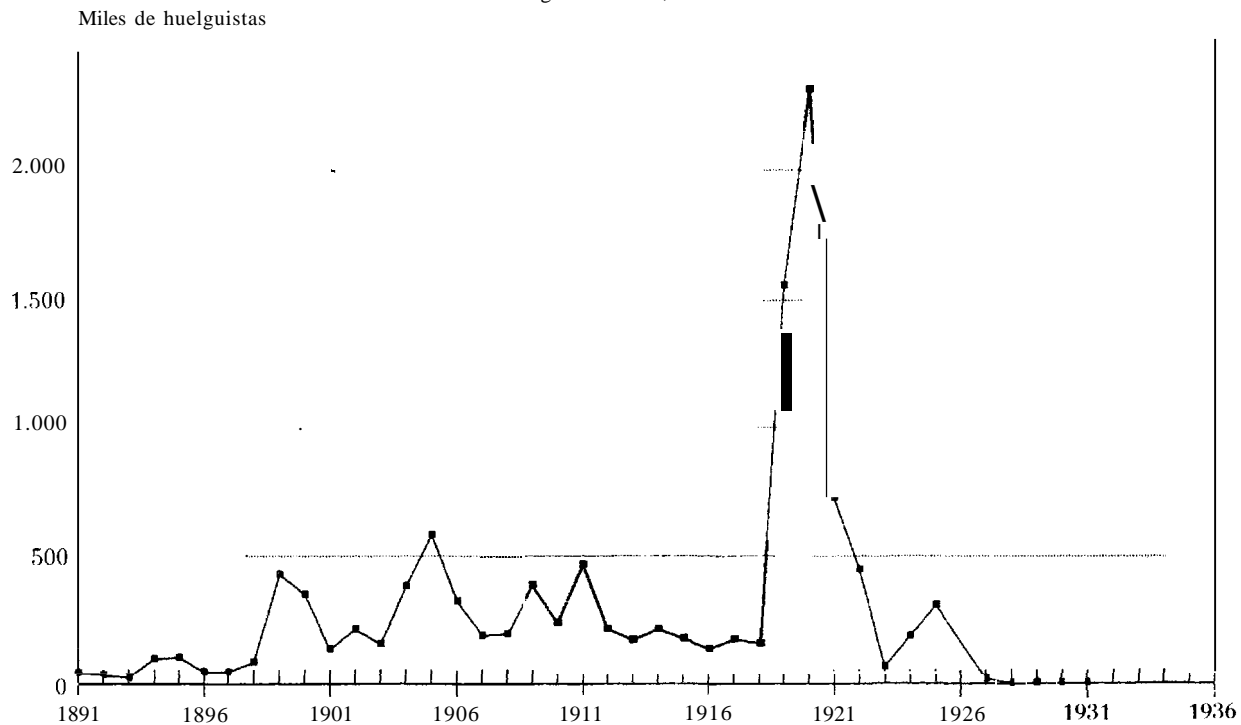
Coincidiendo en el tiempo, aunque no en las formas, con lo acontecido en Francia, Italia conoció también a partir de mediados de 1919 una intensa actividad huelguística cuyas crestas fueron tomadas como síntomas o como comienzo del estallido revolucionario; tanto más cuanto que a diferencia de Francia o Alemania el ritmo de esa actividad antes de la guerra parecer haber sido menos intenso -en este caso no dispongo de los datos de jornadas de huelga, que no empiezan sino hasta 1916, y por consiguiente el elemento de referencia son los huelguistas; ver gráfico 5-. Aquí la guerra no produjo una caída tan profunda de la movilización, pero tampoco en 1917-18 se presentaron signos anunciadores claros de lo que se iba a producir en el primer año de la posguerra. La explosión popular, que llevó a la movilización a todas las clases sociales, tuvo en este caso un factor añadido fundamental, al problema de la desmovilización y reinsersión de los retornados del frente y la reconversión de la economía se sumó la grave crisis política derivada del fracaso del gobierno italiano en la obtención del botín de guerra esperado tras su participación en la contienda y la imposibilidad de encontrar un nue-

³⁹ PAPAYANIS, N.: *op. cit.*, p. 73.

⁴⁰ AMDUR, K. E.: "La tradition révolutionnaire entre syndicalisme et communisme dans la France de l'entre-deux-guerres", en *Le Mouvement Social*, núm. 139, 1987.

⁴¹ AMDUR, K. E.: *op. cit.*, p. 32.

GRAFICO 5
Huelgas en Italia, 1891-1939



Fuente: *European Historical Statistics.*

vo equilibrio *giolittiano* entre las diferentes facciones dominantes. En ese contexto de crisis del Estado tuvo lugar la entrada en escena de *la explosión de una violencia laboral desconocida* 42, en los meses de junio y julio, que tenía que culminar en la gran huelga —el *scioperissimo*— del 20 y 21 de julio en protesta contra la intervención en Rusia y de apoyo a la revolución húngara. La acción, que había de ser seguida al propio tiempo por los sindicatos de Gran Bretaña y Francia, donde ni se inició, sí se cumplió en Italia, aunque sólo parcialmente tras la retirada de los ferroviarios y con escasa combatividad. Tras el fiasco, *la ola de huelgas políticas terminó*. En agosto se *podieron ver también huelgas espectaculares, pero en apoyo de reivindicaciones salariales, en contra de la inflación, y no ya a favor de Rusia, el socialismo o de la paz* 43. No obstante, la agitación laboral, favorecida por la inestabilidad gubernamental, se mantendría, proporcionando algunos de los mitos de la historia social italiana: *la huelga de las manecillas del reloj* en Turín, en marzo-abril de 1929, y el movimiento de ocupación de fábricas en septiembre del mismo año. En la primera el grupo de *Ordine Nuovo*, liderado por Gramsci, tuvo una posición protagonista dada su influencia en el movimiento obrero turinés y de él partió la propuesta de extender el movimiento para evitar que se sofocara en su aislamiento: *los ordinovistas deciden actuar sobre dos directrices. Por una parte buscan vincularse con las agitaciones campesinas contemporáneas; por otra se piensa en poder inducir con presiones oportunas a los organismos centrales a declarar una huelga general nacional* 44. Esa pretensión era excesiva para las capacidades reales del grupo del *Ordine Nuovo*, limitada su minoritaria influencia a Turín y demasiado concreta para la corriente dominante en el socialismo italiano, la *maximalista*, que tras haber impuesto en el Congreso de Roma del partido como objetivo programático la República socialista y la dictadura del proletariado lo concebía como resultado de una acción política pura que se cumpliría indefectiblemente en un hipotético, y nunca llegado, momento oportuno 45. En esas condiciones mientras que el Consejo na-

42 MAIER, Ch. S.: *op. cit.*, p. 149.

43 *Ibid.*, p. 150.

44 MAIONE, G.: "Il biennio rosso: lo sciopero delle lancette (marzo-aprile 1920)", en *Storia Contemporanea*, 1972-2.

45 "Prevalcía en el PSI una posición que se limitaba a la espera mesiánica de la revolución, concebida como producto natural e inevitable de la "descomposición" de la sociedad burguesa, que llevaba al partido a ir a remolque de los acontecimientos y a subvalorar la importancia de su presencia organizada en el seno de la lucha. En tal marco, la cuestión de la "preparación revolucionaria" era concebida en términos exclusivamente propagandísticos, separada de la acción concreta y de las necesidades rea-

cional del PSI no llegó a adoptar ninguna medida específica sobre la propuesta de huelga en toda Italia, los dirigentes sindicales campesinos se opusieron a secundar una acción de los trabajadores industriales que tomaría, de generalizarse, una dimensión política, y la propia dirección de la CCL —D'Aragona— rechazó el salto cualitativo y quiso conjurarlo buscando un acuerdo negociado con la patronal ⁴⁶. El movimiento de ocupación de fábricas de septiembre fue más espectacular y resultó trascendental en la historia interna del pensamiento gramsciano y del comunismo italiano. Movilizó a toda la metalurgia y presentó subjetivamente la amenaza del posible embrión del soviét a la italiana y con todo sus resultados se quedaron bien lejos de tales expectativas, reduciéndose merced a la activa intervención de la CCL a un pacto sobre un futuro proyecto de ley sobre los consejos de fábricas; Tasca tuvo duras palabras para enjuiciarlo:

Esta ocupación de las fábricas, que ha sido presentada a menudo como una especie de punto culminante de una fiebre revolucionaria, es, en su origen, un simple y mal sucedido de la huelga, que se había hecho demasiado difícil, un medio más económico para imponer el nuevo contrato de trabajo. Los dirigentes de la FlüM han escogido la vía del mínimo esfuerzo... 47.

A pesar de las huelgas, de la violencia en las calles y los campos, de las teorizaciones y los anuncios sobre la inminencia revolucionaria, en 1919-1920 no se llegó a dibujar en Italia ninguna acción general que respondiera directamente a un proyecto revolucionario; los protagonistas de la *huelga de las maneciLLas* tras su fracaso postularon un cambio de eje del movimiento revolucionario: *a las huelgas debe sustituirlas el armamento del proletariado* ⁴⁸. Pero ese paso, sin más, tampoco podría proporcionar los resultados revolucionarios que se pretendían; las movilizaciones obreras y campesinas estuvieron altamente fragmentadas, separadas entre sectores productivos y áreas geográficas, sin llegar a alcanzar la precisa vertebración nacional, sin la cual era iluso pensar en convocar, o en que se desencadenara, una acción general revolucionaria.

les de las grandes masas, y fuera de cualquier objetivo intermedio y de cualquier perspectiva de alianza social", NATOLI, C.: "L'Internazionale Comunista, il fronte unico e la lotta contra il fascismo in Italia e in Germania (1919-1923)", en *Storia Contemporanea*, 1976-1, pp. 95-96.

⁴⁶ MAIONNE, G.: *op. cit.*

⁴⁷ TASCAS, A.: *El nacimiento del fascismo*, Ariel, p. 86. Barcelona, 1969.

⁴⁸ Citado por MAIONNE, G.: *op. cit.*, p. 298.

4. Alemania. Cenit y ocaso de la revolución

Los límites de la explosión huelguística fueron puestos explícitamente de relieve por la IC, que insistió en afirmar la dimensión militar de la insurrección proletaria. Esta había sido una tesis constante de la dirección del movimiento comunista internacional desde sus inicios. Uno de sus primeros documentos, la *Plataforma de la Internacional Comunista*, aprobada en su primer congreso en marzo de 1919, ya señaló en su capítulo "El camino de la victoria" que

el período revolucionario exige que el proletariado ponga en práctica un método de lucha que concentre toda su energía, es decir, la acción directa de las masas, incluyendo todas sus consecuencias lógicas: el choque directo y la guerra declarada contra la maquinaria gubernamental burguesa. A ese objetivo deben ser subordinados todos los demás medios...⁴⁹

Esa subordinación se refería en el texto a la acción parlamentaria -lo que estaba entonces en el centro del debate con la izquierda socialista y con el *centrismo* de Kausky- pero era extensible a todos los medios de lucha del movimiento obrero. En otro de los primeros documentos destinados a fijar las posiciones respecto al movimiento sindical, la *Carta del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista a los sindicatos de todos los países*, en abril de 1920, se les instruye en el sentido de que el movimiento sindical "debe poner en el orden del día la lucha inmediata junto al Partido Comunista por la dictadura del proletariado y la organización soviética (...) debe poner en el primer plano el arma de la huelga general y prepararse a combinar la huelga general con la rebelión armada"⁵⁰. Y, en el Segundo Congreso de la IC -como ya se ha expuesto más arriba-, después de los fracasos del movimiento huelguístico en Francia e Italia, las *Tesis sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria* habían machacado con contundencia la inutilidad de la huelga general si se concebía como mera acción de *brazos cruzados* y el carácter indispensable de la insurrección armada. Esa tesis cobró incluso un matiz más extremo en la interpretación de algunos cuadros locales del movimiento comunista, como en el caso del búlgaro Dimitrov -llamado a tener un papel de primera fila en la IC de los años treinta y cuarenta-, quien en su folleto de 1920 sobre la *Tarea de los sindicatos obreros* escribió:

⁴⁹ *Los cuatro primeros...*, op. cit., p. 68,

⁵⁰ AGOSTI, A.: *La Terza Internazionale*, op. cit., primera parte, vol. 1, p. 106.

Si en el combate por mejoras en la producción el arma más eficaz de los sindicatos obreros es la huelga, en la lucha por la conquista del poder político y la transformación de arriba a abajo de la producción y de la sociedad, la acción huelguística ya no corresponde -incluso si ella se despliega como huelga política de masas- para resolver el problema, sino que ha de ser la revolución proletaria. En vez de la lucha de brazos caídos de grupos y masas obreras adquiere una importancia decisiva la lucha revolucionaria política de todo el proletariado, la cual culmina en última instancia en el combate armado ⁵¹.

La valoración de Dimitrov sobre la huelga no se correspondía exactamente a la caracterización que Lenin había hecho de ella como *compulsa* o como *preparación artillera* del combate final y tendía a transformar la subordinación en mera instrumentalización de la huelga como momento provocado, como factor de agitación, incluso a costa de perder su dimensión de masas, del proceso insurreccional. Esa instrumentalización, que alteraba radicalmente la relación entre huelga de masas e insurrección militar, tuvo su expresión máxima, a partir de 1921, precisamente allí donde los bolcheviques, el régimen soviético, la Internacional Comunista, esperaban que surgiera el paso decisivo de proyección de la revolución soviética a revolución mundial: Alemania. El inicio del ciclo revolucionario había supuesto, como en Rusia, la caída del régimen imperial y su sustitución por una república democrática en noviembre de 1918, cuya consolidación dependía de la resolución de los conflictos de poder con los consejos de obreros y soldados, protagonistas destacados aunque no únicos de la revolución de noviembre, y de la neutralización de las fuerzas hegemónicas del disuelto Imperio, desplazadas del poder pero ni mucho menos vencidas ⁵². Siguiendo el modelo soviético, que ya había sido elevado a la categoría de exclusivo, esa consolidación en pleno *período revolucionario* era imposible y los comunistas habrían de impulsar el *segundo paso*, su propio *octubre*, de manera ineludible ⁵³.

El peso del espartaquismo y su sucesor el primer KPD en la extrema izquierda alemana había mantenido entre 1919 y 1920 la concepción de la revolución como un proceso de masas, en el que la huel-

⁵¹ DIMITROV, G.: *Obras escogidas*, p. 131. Madrid, 1977.

⁵² Dos versiones reeientes y contrapuestas de la revolución alemana en NOLTE, E.: *Nazionalismo e bolcevismo. La guerra civile europea (1917-1945)*. Florencia, 1989, y KÜHNEL, R.: *La república de Weimar. Establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia*. Valencia, 1991.

⁵³ FLECHTHEIM, O. K.: *Le parti communiste allemand sous la république de Weimar*. París, 1972. También, HAJEK, M.: *Storia dell'Internazionale comunista. Il fronte unico (1921-1935)*. Editori Riuniti, Roma, 1972. Del que hay versión castellana.

ga general cumpliría un papel capital y no de manera subordinada, incluso al precio de resistirse a la vinculación inmediata entre acción de masas y acción armada. Los enfrentamientos de enero de 1919, tras de los cuales fueron asesinados Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, cogieron por la espalda a los espartaquistas, que se vieron arrastrados a una acción que no habían querido⁵⁴. Con la lección de la *semana sangrienta* la prudencia de la dirección espartaquista se acentuó y dos meses más tarde, en marzo, el KPD llamó a la huelga general en Berlín, pero *puso a los trabajadores en guardia contra la tentación de continuar la huelga hasta la lucha armada*⁵⁵. Esa tentación estaba ciertamente muy presente en la extrema izquierda alemana, de manera particular entre el “ultraizquierdista” Partido Comunista Obrero Alemán y en sectores del Partido Socialdemócrata Independiente, por no hablar de los anarquistas –por ejemplo, los bávaros–, y tuvo una nueva ocasión de manifestarse, y mostrar sus nefastas consecuencias a raíz del *putch* de Kapp, en marzo de 1920 cuando el éxito de la huelga general defensiva convocada en apoyo del gobierno Ebert fue interpretado en el Rhur, en donde se había armado un denominado *Ejército Rojo* con varias decenas de miles de militantes obreros armados, como la señal de un nuevo arranque insurreccional. El levantamiento fue sangrientamente reprimido, con una ferocidad, y una impunidad, puesta de relieve en un testimonio de la época presentado por Kühnl: *Rematamos hasta los heridos. Hay un entusiasmo increíble... Todo el que cae en nuestras manos es aplastado a culatazos y luego rematado a balazos...*⁵⁶.

La fusión del KPD con el ala mayoritaria de la socialdemocracia independiente, en diciembre de 1920, que dio lugar a la configuración definitiva del KPD, constituido como partido de masas, pareció reforzar aquella orientación no insurreccionalista tal y como lo reflejó la *Carta abierta* de Paul Levi, en enero de 1921, buscando un acuerdo con la socialdemocracia. Sin embargo, resultó lo contrario: Levi fue desautorizado y el KPD cayó en manos de los partidarios de la denominada *teoría de la ofensiva*, que atribuía a la vanguardia no ya la dirección del movimiento de masas, sino la misión de romper

⁵⁴ "Rosa Luxemburgo, Togliatti, Levi, Duncker y la mayoría de la Central espartaquista juzgaron que el derrocamiento del gobierno y, sobre todo, la instauración de otro encabezado por Liebknecht-Ledebour no era posible en aquellos momentos. El partido era débil y su influencia sobre las masas era muy limitada, y ya es sabido que los espartaquistas no preveían la toma del poder hasta la culminación del movimiento insurreccional", BADIA, G.: *Los espartaquistas*, p. 279. Barcelona, 1977.

⁵⁵ FLECHTHEIM, O. K.: *op. cit.*, pp. 76-77.

⁵⁶ KÜHNEL, R.: *op. cit.*, p. 29.

su inercia y obligarlo mediante la acción insurreccional de la propia vanguardia a secundar el proceso revolucionario iniciado *desde arriba*. El resultado de esa transformación fue la llamada *acción de marzo*, en 1921, la que Flechtein llamó *la batalla del Marne del KPD*, cuando la consigna de huelga general fue lanzada desde el propio partido (con el acuerdo como mínimo –si no la instigación directa– del delegado de la IC en Alemania en aquel momento, precisamente Relá Kun) como factor de agitación que secundara la lucha armada y el asalto inmediato al poder. El resultado fue absolutamente negativo, la huelga general no fue más que muy minoritariamente seguida y el mismo KPD hubo de pasar por el trago de retirar la convocatoria de huelga general. Tras el fracaso el KPD y la IC abandonaron temporalmente las esperanzas de un nuevo episodio revolucionario hasta comienzos de 1923. Y no sólo en Alemania, en el Ejecutivo Ampliado de la IC de febrero-marzo de 1922 Zinoviev reconocía expresamente el cambio hacia la estabilización del sistema capitalista, recordando cómo en 1919 *todavía teníamos todos la esperanza de vencer a la burguesía en el curso de los próximos años* y cómo esa esperanza no se había cumplido.⁵⁷

Habría, con todo, una última ilusión revolucionaria. La situación alemana se deterioró aceleradamente en el segundo semestre de 1922 y sobre todo a partir de la ocupación del Rhur por las tropas franco-belgas en febrero de 1923. La inflación alcanzó ritmos escalofriantes –recuérdese que la cotización del marco se dividió por 5.500 entre enero y septiembre de 1923– y a ello se sumó el brusco descenso del nivel de empleo, de tal manera que a finales de año sólo la tercera parte de la población obrera alemana trabajaba a tiempo completo, en tanto que la quinta parte de los trabajadores sindicados, los que mejor defensa tenían *a priori*, estaban ya en paro. La crisis económica en sus inicios desencadenó un nuevo proceso de movilizaciones huelguísticas, al mismo tiempo que los sindicatos, bastión del reformismo, entraban en una importante crisis ante su pérdida de capacidad de negociación y la liquidación de algunas de las principales conquistas de que podían hacer gala, como la de la jornada de trabajo al ser reimplantada la de diez horas. En el movimiento comunista se empezó a considerar la eventualidad de una radicalización acompañada por el desbordamiento de la socialdemocracia y los sindicatos ante la crisis del régimen que tan duramente habían defendido.

Tras el éxito de una huelga de solidaridad con los tipógrafos de-

⁵⁷ Citado por HUMBERT-DROZ, J.: *De Lenine à Staline*, op. eil, p. 43.

sarrollada en Berlín a comienzos de agosto, el KPD lanzó de nuevo la consigna de una huelga general que, ante la negativa socialdemócrata, impulsó a partir de los consejos de fábrica que controlaba. Su seguimiento fue masivo en la capital y en Alemania central y Hamburgo y aunque en el resto del país tuvo una débil repercusión llevó a la dirección comunista a plantear de nuevo la realización del *octubre alemán*.

Fue entonces cuando en el KPD y en el Komintern maduró la convicción de que existían en Alemania las condiciones para una revolución socialista mediante la insurrección armada. En septiembre tuvieron lugar reuniones del Ejecutivo de la IC en las que se elaboró el plan de la revolución⁵⁸. Flechtheim expresó la valoración más dura: tras la huelga Cuno el partido no hizo ya nada para incrementar su influencia entre las masas obreras. Desde comienzos de septiembre rompió su contrato con las masas y se consagró enteramente a los preparativos militares. Utilizó sobre todo sus posiciones de fuerza para impedir los conflictos laborales y frenar las luchas económicas y políticas (...). Actuando así, se partía de la idea de que era preciso economizar todas las fuerzas con vistas al asalto final⁵⁹.

Un juicio apoyado en la propia autocrítica del Komintern tras el fracaso del proyecto insurreccional: *después de la huelga contra Cuno se ha cometido el error de frenar los movimientos elementales de masas a la espera de la lucha decisiva*⁶⁰.

El factor clave de la insurrección se situó en la entrada de los comunistas en los gobiernos de Sajonia y Turingia, en manos de socialistas de izquierda, desde donde se promovería el armamento de los trabajadores, empezando por transferir a las *centurias proletarias* el de la policía correspondiente. La dirección del KPD y de la *le* confiaban en que ante el previsible ataque del gobierno o del ejército a Sajonia y Turingia sectores de la socialdemocracia, y desde luego los *independientes*, tomarían partido por los gobiernos de coalición socialista-comunista y potenciarían la extensión del levantamiento al resto de Alemania, en donde Hamburgo y Berlín tendrían que volver a ser de nuevo plazas fuertes de la acción revolucionaria. Tras impulsar, el 27 de septiembre, emblemáticamente, la huelga general en el Rhur, el KPD consiguió entrar en los gobiernos de Sajonia, el 10 de octubre, y de Turingia, el 16, de acuerdo con el plan preestablecido. La respuesta militar no se hizo esperar y el ejército entró en Sa-

⁵⁸ ITAJEK, M.: *op. cit.*, p. 71.

⁵⁹ FLECHTHEIM, (). K.: *op. cit.*, pp. 121-122.

⁶⁰ AGOSTI, A.: *op. cit.*, parte segunda, vol. 1, p. 29. Roma, 1976.

jonía el 18 de octubre, tras de lo cual el KPD se dispuso a dar paso a la fase decisiva del diseño insurreccional proponiendo a la Conferencia de Consejos de Fábrica, que se reunió en Chmenitz (Sajonia) el 21, la convocatoria de una huelga general en toda Alemania. Pero aquí el plan falló, la Conferencia, en la que los socialdemócratas independientes tenían mayoría, rehusó la propuesta y se pronunció claramente en contra de un enfrentamiento abierto con el ejército.

El desenlace final fue decepcionante y altamente desproporcionado con las expectativas levantadas dentro del movimiento comunista por el *octubre alemán*. Brandler, máximo dirigente del KPD, no se atrevió a proseguir con el plan insurreccional y sólo en Hamburgo, por un malentendido o por el aventurerismo de sus cuadros locales, los militantes comunistas se lanzaron con las armas a la calle, en una misión suicida que no buscó ni siquiera el apoyo de los trabajadores del puerto. El 1 de noviembre la dirección del KPD decidió dar por acabado el malogrado intento de revolución. Así se cerró el ciclo iniciado tras el fin de la guerra y la **le** terminó de aceptar la entrada de la Europa capitalista en una **etapa**, de duración difícilmente previsible, de estabilización. La *revoLución mundial* dejó de estar a la orden del día y con ella la apelación a la huelga general como acción **ofensiva**, aun cuando fuera en los términos tan instrumentalizados y reduccionistas como se habían planteado en la Alemania de 1921-23. El debate sobre la *revoLución mundial*, en el seno del régimen soviético y del movimiento comunista, a la **defensiva**, tuvo que concentrarse en su propia supervivencia y en los nuevos interrogantes que ello suponía.